

# En torno a la Coexistencia Pacífica

Clodomiro Almeyda

El presente trabajo constituye el aporte que el camarada Clodomiro Almeyda hizo al Seminario Internacional, organizado con motivo del Aniversario del Partido Socialista.

Con su publicación ARAUCO completa la serie de intervenciones que, destacados militantes y dirigentes hicieron en esa oportunidad sobre temas ideológicos y políticos de actualidad.

El tema de la coexistencia pacífica constituye, hoy por hoy, dentro de la problemática del socialismo mundial, uno de los nudos alrededor del cual se formulan las tesis más decisivas y más trascendentes en el movimiento socialista contemporáneo. En efecto, la discusión alrededor del alcance y la naturaleza de la coexistencia pacífica, ha llegado a determinar en nuestros días la ruptura de la homogeneidad ideológica del movimiento comunista internacional, que se ha escindido desde el punto de vista de sus concepciones teóricas en función, precisamente, de las diferentes posiciones que han adoptado los líderes soviéticos y los chinos alrededor de la coexistencia pacífica.

Para centrar nuestra intervención, recordemos primeramente que la guerra, y su rasgo decisivo que es la violencia física, testimonia en el hombre su origen biológico. La circunstancia de estar nuestro ser arraigado en la naturaleza biológica ha significado que en la Historia humana, como proyección de este carácter biológico, la guerra —en una u otra forma— haya acompañado siempre hasta el presente al acontecer humano. Sin embargo, en sus comienzos, en las sociedades pre-clasistas, la guerra era sólo un recurso que utilizaban los grupos sociales para atacarse los unos a los otros, procediendo como si fueran individuos meramente animales, luchando entre sí por despojar a los demás en beneficio propio. Pero, desde el momento en que la sociedad primitiva se escinde en su interior en grupos con intereses opuestos y advienen las sociedades clasistas, la violencia también pasó a desempeñar un papel importante dentro de la estructura misma del grupo social, ya que la explotación de una

clase por otra sólo ha podido mantenerse a través de la violencia organizada y racionalizada en un derecho.

Violencia externa —guerra propiamente tal— y violencia interna han acompañado siempre, pues, desde entonces hasta ahora, al acontecer humano.

Fero, instalados ya en nuestra época, en la época del capitalismo, más precisamente en la época del imperialismo, es menester recordar, aunque se trate de algo muy sabido, que el imperialismo, la forma superior del capitalismo, se proyecta violentamente al exterior de los límites nacionales de los diferentes estados. Se proyecta en forma de mercados para los productos que necesita vender, se proyecta en la búsqueda de materias primas que necesita para alimentar su aparato industrial, se proyecta en la búsqueda de mano de obra dócil y barata que pueda utilizar en su beneficio y se proyecta, por último, en la necesidad de buscar mercados donde pueda tener oportunidad de invertir los excedentes de capitales que se generan en su seno.

Resulta, entonces, que al advenir el imperialismo a la escena política mundial, por sobre las tradicionales rivalidades políticas, territoriales o dinásticas que existían en el pasado, se agrega ahora esta otra nueva fuente de conflictos que está determinada por su tendencia natural a proyectarse hacia el exterior en búsqueda de mercados, materias primas, oportunidades de inversión, lo cual lo coloca en un antagonismo, no sólo con los países coloniales a los cuales pretende explotar, sino también lo enfrenta a los otros núcleos imperialistas que actúan en semejante dirección. Son, pues, dos tipos de conflictos

bélicos los que engendra la aparición del imperialismo en la escena mundial: Uno, el que se produce como derivado de la oposición del imperialismo con los pueblos coloniales que pretende subyugar y otro, el que deriva de la oposición de intereses entre los diferentes grupos imperialistas que pugnan por poseer y dominar los mismos mercados, los mismos territorios, cada uno buscando su mejor provecho. Se originan, así, en nuestra época, dos clases de guerra; las guerras interimperialistas y las guerras coloniales, que definen la historia contemporánea desde mediados del siglo pasado hasta el presente. Este panorama que configura las guerras interimperialistas y las guerras coloniales generadas por el imperialismo añaden, al mundo contemporáneo, dos tipos nuevos de contradicciones desconocidas en la etapa ascensional del capitalismo. Porque, cuando éste comenzó a desarrollarse, la gran contradicción de la sociedad contemporánea en el seno de los estados capitalistas era aquella que existía entre el capitalismo y el capital, por una parte, y el proletariado, por otra, en pugna permanente con ellos. Pero, advenido el imperialismo a la escena mundial, se agrega, en primer lugar, a esta contradicción entre burguesía y proletariado, la contradicción entre el imperialismo y los pueblos semi-coloniales y dependientes. Y se añade luego esta tercera contradicción: la que opone a un imperialismo contra otro. Con la particularidad, que vale la pena destacar, que la explotación colonial de los territorios de los continentes hemisféricos hace disminuir la contradicción entre burguesía y proletariado en la metrópoli, porque, naturalmente, la posibilidad de explotar sin mucho riesgo y con utilidades extraordinarias a los pueblos coloniales origina una elevación, más o menos general, en los países imperialistas. Y, entonces, el antagonismo entre la clase obrera y la burguesía se hace mucho más tenue y se embota, en gran medida. De allí por qué a fines del siglo pasado —época en que se produjo una elevación de nivel de vida general en Occidente— el movimiento proletario perdió su combatividad y dio origen a la llamada desviación social demócrata del pensamiento socialista, que no es sino la expresión teórica de esta integración del proletariado metropolitano al sistema capitalista, producida parcialmente, como consecuencia de la explotación colonial.

La primera guerra mundial fue, sin duda, el más importante de los conflictos generados por las rivalidades interimperialistas. En parte como resultado suyo, se produce el gran

acontecimiento histórico que es la Revolución de Octubre. Con ella, se rompe la unidad capitalista mundial y emerge, en un territorio vasto e importante, un nuevo tipo de convivencia social, una nueva estructura socio-política edificada conforme a los patrones socialistas. Al quebrarse, entonces, la unidad del capitalismo y al separarse de su seno una potencia de relativa significación, conforme a otro molde económico, aparece un cuarto tipo de contradicción en el mundo contemporáneo: Aquel que opone a los estados capitalistas, por una parte, y al naciente estado socialista soviético, por otra. Desde ese momento queda configurado en el mundo un triple frente, a través del cual se va a desarrollar la lucha de los pueblos por el socialismo. El primer frente, el primitivo, aquél que comenzó junto con el capitalismo, es aquel que sostiene el proletariado de los países metropolitanos en contra de sus burguesías. Un segundo frente es aquel que agrupa a los pueblos explotados por el Imperialismo en contra de las potencias metropolitanas que los subyugan. Y un tercer frente es el que opone al estado socialista soviético en contra de los estados capitalistas que pretenden, en un comienzo, ahogarlo e impedirle subsistir, pero que después del fracaso de la intervención en el año 20, abandonan su propósito y permiten al Estado Soviético existir soberanamente.

Producida la segunda guerra mundial —eclosión, también, de las rivalidades interimperialistas— y la derrota de las potencias nazis-fascistas, sus consecuencias alteran notoriamente la importancia relativa de cada una de estas contradicciones básicas en el mundo contemporáneo. Y la alteran porque, en primer lugar, se produce un extraordinario fortalecimiento del mundo socialista. Antes de la segunda guerra mundial, sólo la Unión Soviética subsistía como estado de esta naturaleza. Y se trataba de un país que, no obstante ser vasto, poderoso y poblado, sin embargo, en base a su relativamente reducido desarrollo económico, no alcanzaba a tener una proyección política de trascendencia universal. Como resultado de la segunda guerra mundial, al extenderse el socialismo por Europa Oriental, en gran medida con el estímulo del Ejército Rojo, y en otros casos con el propio esfuerzo de los pueblos como en el caso yugoslavo, y al producirse la Revolución China, que incorpora al área socialista a 600 millones de hombres, este sector del mundo, que antes de la guerra era un tanto marginal, pasa a adquirir una relevancia y un significado mundial.

**Por otra parte, el movimiento antimperialista, el movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales y dependientes, que durante el período entre las dos guerras mundiales permaneció un tanto opacado, alcanza, como resultado de la segunda guerra mundial, un insospechado desarrollo. Recordemos que, al fin de la segunda guerra mundial, no sólo China alcanza su liberación del imperialismo, sino también se desmoronan los imperios coloniales de las potencias vencidas y, lo que es más importante, comienzan a desintegrarse los imperios coloniales de las potencias vencedoras: Se independizan la India, Indonesia, gran parte del Asia oriental, el mundo árabe toma conciencia de su unidad y de su destino y los pueblos negros del Africa inician, por su parte, su proceso de emancipación nacional.**

Este desarrollo más o menos acabado del mundo socialista, por una parte, y del movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales, por otra, origina un debilitamiento de la contradicción de los diversos imperialismos entre sí. Porque, ante la presencia de un mundo socialista pujante y en ascenso y ante un movimiento nacional liberador cada día más grande y vigoroso, las diversas potencias imperialistas advierten que las diferencias que las separan son tan nefastas como para impedirles que concierten sus políticas y se aglutinen alrededor de la potencia imperialista más poderosa y que alcanza —en esa época— el carácter de centro unificador del poder y de las fuerzas imperialistas. Se produce entonces una especie de semi-integración del capitalismo mundial alrededor de los Estados Unidos.

Tal es el panorama político mundial que surge como resultado de la segunda guerra mundial y sobre el cual se plantea la discusión acerca del alcance y la naturaleza de la coexistencia pacífica.

En 1957, y luego en 1960, se reunieron en dos torneos internacionales, celebrados en Moscú, los partidos comunistas de los países socialistas, primero, y de todo el mundo, después. En estos torneos se practicó, en un alto nivel, un análisis profundo de la situación mundial, las perspectivas del socialismo y los caminos que éste debía recorrer para llegar a imponerse en definitiva. En ambos torneos, se caracterizó a nuestra época con dos rasgos fundamentales: Se señaló, en primer lugar, que la época actual es la época de la transformación revolucionaria del mundo del capitalismo al socialismo. Se señaló, en segundo lugar, que en

nuestra época las fuerzas socialistas constituidas por los estados socialistas, en primer lugar, y también por las fuerzas obreras de los países metropolitanos, por los movimientos de liberación nacional de los países coloniales, son ya más poderosas que las fuerzas del capitalismo en el mundo y que, en consecuencia, rasgo básico de nuestra época histórica es el predominio en el mundo de estas corrientes progresistas sobre las que representan al capitalismo y el pasado, las que atraviesan por un período de decadencia, que nada podrá impedir, más tarde o más temprano, su derrota definitiva.

Como resultado, precisamente, de este predominio de las fuerzas socialistas y progresistas en el mundo, en aquellos torneos celebrados en Moscú se llegó a la conclusión de que era posible impedir la emergencia de una nueva guerra mundial, y que era posible impedir la porque la fuerza de los estados socialistas, de los movimientos coloniales en el mundo y del proletariado de los países metropolitanos ha alcanzado tal magnitud que son capaces de impedir los intentos del imperialismo de promover nuevos conflictos bélicos, ya sea con el fin de combatir al mundo socialista o para extender o consolidar su dominio en las áreas coloniales que todavía dominan.

Esta posición, que, incluso antes, ya fue sustentada en la Conferencia de Moscú por los comunistas yugoslavos, fue también compartida en términos generales por los comunistas chinos al afirmar ellos, de acuerdo con el lenguaje metafórico de Mao, que en nuestra época el viento del Este prevalece sobre el viento del Oeste. Lo que quiere decir, en otras palabras, lo mismo que señalaron las declaraciones de Moscú: En nuestra época, las fuerzas progresistas, las fuerzas del socialismo dominan sobre las fuerzas del capitalismo y, en consecuencia, son capaces de evitar que éstas provoquen una nueva conflagración bélica mundial.

Sin embargo, hasta ahí llega no más la identidad de posiciones dentro del mundo socialista, en cuanto a la naturaleza de la coexistencia pacífica. Más allá de este reconocimiento de la posibilidad de contrarrestar los impulsos agresivos del imperialismo y de —en consecuencia— evitar la posibilidad de una guerra mundial, más allá de ese acuerdo formal, divergen abiertamente los puntos de vista de las diferentes corrientes dentro del movimiento socialista universal. Para reducir a síntesis los puntos claves de esta controversia, me voy a limitar a plantearlos en rasgos es-

quemáticos a través de sus dos vertientes fundamentales, la una sostenida principalmente —aunque con modalidades diferentes— por los soviéticos y yugoslavos y la segunda, sostenida principalmente por los comunistas chinos.

Para comprender el alcance de estas posiciones, debemos tener presente que, en el mundo contemporáneo, la lucha por el socialismo se da en tres frentes: el frente interno de los países metropolitanos, entre burguesía y proletariado; el frente conformado por los pueblos semicoloniales y dependientes, en lucha por su liberación en contra del imperialismo, y el frente constituido por los estados socialistas en pugna con los estados capitalistas que, en mayor o menor medida, les son hostiles.

De acuerdo con las tesis fundamentalmente sostenidas por los soviéticos, de estas tres contradicciones la más importante, la decisiva, aquello que en definitiva va a determinar el triunfo del socialismo en el mundo es la contradicción que se produce entre los estados socialistas con los estados capitalistas. Es la oposición entre la parte del mundo ya en marcha hacia el socialismo y el resto del universo, es esa oposición y ese antagonismo el que va a definir, en último término, el destino del socialismo en la tierra.

En nuestra época, y especialmente en la URSS y otros países socialistas, el socialismo no se encuentra ya en ese período embrionario como cuando tuvo que enfrentarse a las potencias vencedoras en la primera guerra mundial para poder consolidarse, allá por los años 20. Después de la segunda guerra mundial, la época de las declaraciones de Moscú, el socialismo ya ha obtenido considerables victorias en el proceso interno de su construcción en el seno de la URSS. De tal manera que, en esa época, la contradicción entre los estados capitalistas y los estados socialistas no se manifiesta ya en términos bélicos, como en los años de la intervención aliada en Rusia, sino que se expresa, fundamentalmente, en términos económicos. Ya lo dijo Lenin, una vez que se expulsó a los invasores extranjeros el año 1920: "Desde aquí en adelante el triunfo del socialismo sobre el capitalismo se va a determinar por la capacidad de nuestro país de poder superar económicamente, a través de una mejor productividad del trabajo, a las potencias capitalistas."

Miradas las cosas de este ángulo, encontrándose los países socialistas en pleno período de desarrollo económico y habiéndose planteado la Unión Soviética, como una meta próxima, el alcanzar y superar productiva-

mente a los Estados Unidos al fin de su Plan Septenal, resulta que el éxito de esta competencia pacífica de la economía capitalista con la economía socialista está condicionado fundamentalmente por la posibilidad de que se consolide la paz en el mundo, para que, en paz, pueda el socialismo vencer en esta competencia económica a que lo ha desafiado el mundo capitalista. Se explica con la valorización que los soviéticos hacen de la paz mundial y de la coexistencia pacífica, porque esa paz mundial y esa coexistencia pacífica son el supuesto y la condición para que pueda demostrarse en los hechos que el sistema socialista tiene mayor capacidad creadora, desde el punto de vista económico, y puede así afianzarse el creciente predominio del socialismo en ascenso sobre el capitalismo en decadencia.

Los teóricos de este punto de vista sostienen que la coexistencia política no sólo permite que en el plano económico los estados socialistas derroten a los estados capitalistas, sino también que la coexistencia pacífica ejerce un papel profundamente estimulante para los movimientos de liberación nacional, porque el creciente desarrollo de los estados socialistas, su acelerado fortalecimiento implica a la vez reforzar y estimular a los pueblos semicoloniales y dependientes en luchas por su liberación nacional. Y no sólo este clima de paz estimula a los movimientos nacionales de liberación, sino que al mismo tiempo permite garantizar que los países semicoloniales y dependientes puedan desarrollar sus luchas sin verse obstaculizados por la intervención bélica de los imperialistas, que no pueden, así, exportar la contrarrevolución. Por último, esta política de coexistencia pacífica favorece también a los pueblos semicoloniales y dependientes en la medida en que favorece también el desarme. Y al favorecerse el desarme, los recursos financieros que hoy día se destinan a fines bélicos, van quedando a disposición, precisamente, de los países semicoloniales y dependientes que podrían utilizarlos a través de los organismos internacionales o a través de la ayuda directa para poder superar su atraso económico. Resumiendo, entonces, la coexistencia pacífica no aparece sólo concebida como el supuesto para que puedan vencer, en la competencia económica, los estados socialistas a los estados capitalistas, sino que también se la concibe como el mejor marco para que los movimientos nacionales de liberación, estimulados por el desarrollo del estado socialista, puedan también, sin correr el riesgo de la guerra, alcanzar su

emancipación nacional y utilizar los recursos, que hoy se malgastan en la política armamentista, a través de la ayuda directa o internacional.

Como demostración de la justeza de esta concepción, se afirma que fue precisamente la intervención del mundo socialista, a través de la URSS, la que habría hecho posible el desarrollo de la revolución árabe al haber evitado la invasión anglo-franco-israelí, y del Egipto durante la crisis de Suez, como también habría sido la presión soviética la que en último término habría evitado que Estados Unidos haya consumado sus intentos de destruir bélicamente a la revolución cubana. Estos ejemplos demostrarían cómo, sin llegar a la guerra, la sola fuerza alcanzada por el movimiento socialista mundial es capaz de contribuir a mantener la paz y permitir que los movimientos de liberación nacional se fortalezcan, luchen y venzan, sin correr el riesgo de desencadenar una nueva guerra mundial.

Por otra parte, se señala, también por los soviéticos, que después de la segunda guerra mundial ha cambiado el carácter mismo de la guerra con la aparición de los armamentos atómicos. Los armamentos atómicos, al hacer posible el estallido de conflictos de magnitud tal que pueden destruir la riqueza que el hombre ha podido acumular durante centenas de años y matar a decenas de millones de personas, han determinado la necesidad urgente de luchar contra la guerra. Vastos sectores populares no tienen una alta conciencia política, pero se percatan de la peligrosidad de una guerra atómica. La sola circunstancia de poder movilizar alrededor de la causa de la paz a altos sectores de la población que no tienen una política determinada en último término, también contribuye a la política progresista de la humanidad, porque es ella, precisamente la que está vitalmente interesada en que la paz se consolide.

Esta es, en términos generales, una de las dos grandes tesis alrededor de la coexistencia pacífica que se formulan en el debate ideológico que hoy día compromete al movimiento socialista mundial.

La otra posición, principalmente sostenida por los comunistas chinos, parte también de la base que el imperialismo es siempre fuente de guerra y que en las actuales condiciones, soplando más fuerte el viento del Este que el del Oeste, es posible conjurar la guerra en la medida en que se puedan sujetar y contrarrestar las maniobras del imperialismo agresivo.

Pero el contenido que se le da a estos términos denuncia una posición de fondo diferente. Se sostiene por los chinos, que si el imperialismo es la fuente de la guerra, y si mientras exista imperialismo en el mundo habrá siempre posibilidad de guerra, no podrá nunca asegurarse la paz sino cuando el imperialismo esté definitivamente derrotado. No podrá tampoco, ir avanzando la paz, ir disminuyendo el riesgo de la guerra, sino en la medida en que se va progresivamente debilitando a quien la provoca, que es precisamente el imperialismo.

El proceso, entonces, de lucha por la paz se confundiría directamente con el proceso de lucha en contra del imperialismo, que tendería a irlo debilitando cada vez más. Y la lucha debe dirigirse a ese flanco más débil. El imperialismo es más débil, según la tesis china, en el frente abierto por los movimientos de liberación nacional, por los pueblos semicoloniales y dependientes del mundo. De allí porque el frente principal de lucha para el socialismo, de acuerdo con la tesis china, no es entonces la competencia entre los estados socialistas por una parte, y los estados capitalistas por el otro lado, en el terreno económico, sino que el principal foco de la lucha política mundial —uso el término que usan los chinos— se da en el frente determinado por la lucha entre los pueblos semicoloniales del mundo y el imperialismo agresor. Y no sólo es aquél el principal foco de las contradicciones políticas mundiales, sino que es también, repito, el flanco débil del imperialismo. De tal manera, que si se quiere debilitar al imperialismo para de este modo hacer más difícil e imposible la guerra y favorecer el desarrollo del socialismo, hay que, precisamente, estimular, desarrollar, vigorizar con todos los medios posibles, el movimiento de liberación nacional de los pueblos semicoloniales y dependientes. Es allí, en ese frente, donde se va a decidir en último término el destino de la pugna política entre el pasado y el presente y nó en el frente de la competencia económica entre los dos sistemas mundiales como lo afirma la tesis soviética.

¿Y por qué se sostiene que el flanco débil del imperialismo es precisamente el que han abierto los movimientos nacionales de liberación? Se sostiene que es así porque las guerras de ese carácter son fundamentalmente guerras populares, y es muy difícil para el imperialismo, como lo ha demostrado la experiencia histórica de su propia revolución china, la revolución argelina, la revolución indochina, la revolución cubana, etc., derrotar a un pueblo entero en armas, pese al poderío

atómico de que pueden disponer las potencias colonialistas y neo colonialistas. La experiencia también ha demostrado que estas guerras locales y de gran contenido popular, no se convierten tan fácilmente en conflictos mundiales. Con esto dice relación la conocida formulación de los chinos de que "el imperialismo es un tigre de papel". Sostienen ellos que, mirado estratégicamente, el imperialismo contemporáneo, no es tan poderoso como aparentemente puede parecer. Y acudiendo a la propia experiencia de la revolución china y a otros episodios semejantes de la historia contemporánea, ellos remarcan que el imperialismo, que desde lejos, y desde el punto de vista militar parece extraordinariamente poderoso, en definitiva tiene los pies de barro. Y que el conjunto de fuerzas partidarias de la paz en el mundo es tan poderoso que en último término el imperialismo no se atreverá a enfrentarlas en una contienda de carácter universal. Agregan los chinos que si no se lleva a cabo una política de estímulos y desarrollo consecuente de los movimientos de liberación de los pueblos semicoloniales y dependientes, si no se trata de romper por ese flanco el frente mundial del imperialismo, se está comprometiendo gravemente el triunfo del socialismo en el mundo.

Porque ello significa dejarle al imperialismo las manos libres para que pueda continuar sojuzgando, sujetando a su explotación económica, a su influencia ideológica y a su dominio político al principal sector del planeta, tanto en extensión como en población. Y es muy difícil, sostienen los chinos, que puedan los estados socialistas vencer en la competencia pacífica a los estados capitalistas, si se deja a éstos dominando esta enorme área del mundo constituida por los pueblos coloniales y atrasados del planeta que, no sólo son una fuente enorme de recursos humanos y materiales, sino también están poblados por la mayor parte del género humano. Y el contribuir, aunque sea indirectamente, a mantener sujetos al dominio imperialista a los pueblos atrasados, significa convertirlos hasta en eventual carne de cañón para que puedan, utilizados por el imperialismo, combatir contra los estados socialistas en un momento determinado.

Por último, agregan los chinos, si se produce efectivamente la guerra mundial y estalla la guerra atómica, a pesar de que no lo creen probable, esa guerra no significaría la derrota del socialismo ni de la humanidad sino la derrota del orden imperante, terminaría en definitiva, según lo sostienen, en el

mundo; como anticipo del triunfo también del socialismo.

Se expresan de la siguiente manera: "Nos oponemos constantemente a la guerra criminal que desencadenan los imperialistas por cuanto una guerra acarrearía inmensos sacrificios a los pueblos, pero si los imperialistas imponen estos sacrificios a los pueblos del mundo estamos seguros que estos sacrificios serán recompensados, como lo demuestra la experiencia de la revolución en Rusia y en China. Los pueblos victoriosos elevarán muy rápidamente, sobre las ruinas del imperialismo derrotado, una civilización mil veces superior que la existente, bajo el capitalismo, y construirán un futuro verdaderamente maravilloso". Como se ve, aun colocándose en el peor de los casos, como sería la imposibilidad de detener la agresión capitalista, y el estallido de una conflagración mundial atómica, los chinos confían, de acuerdo con el optimismo que traduce su posición de considerar al imperialismo como "un tigre de papel", en que sobre las ruinas provocadas por una conflagración universal se levantará una nueva sociedad que será socialista.

Por lo demás, piensan los chinos, cuando se habla de la coexistencia pacífica y se la defiende como el tipo de convivencia que hoy día impera en el mundo, se está diciendo una verdad a medias, porque la coexistencia pacífica se ha logrado, en verdad, producir entre los grandes estados socialistas y los capitalistas, pero no ha habido ni hay paz en el mundo colonial y semicolonial.

Desde la Segunda Guerra hasta el presente se ha producido una serie casi ininterrumpida de conflictos bélicos de mayor o menor alcance que están demostrando que no se ha logrado evitar que el imperialismo continúe provocando conflagraciones bélicas. Podemos recordar la serie de conflictos bélicos que desde la segunda guerra mundial hasta el presente conflicto cubano, cómo el de Indochina, Laos, Argelia, etc., están demostrando que tal coexistencia pacífica no ha sido vigente para el mundo semicolonial sino sólo para los dos grandes potencias mundiales.

En esta discusión y divergencia de puntos de vista radica la valoración diferente que, las dos posiciones en pugna hacen acerca de cual es la más importante de las contradicciones del mundo contemporáneo. Mientras los soviéticos destacan que la principal contradicción del mundo contemporáneo, aquella que en definitiva va a determinar cuál sistema va a imperar en el mundo, es la que se plantea a través de la compe-

tencia económica entre el capitalismo y el socialismo, en condiciones de coexistencia pacífica; para el punto de vista patrocinado por los chinos, la contradicción fundamental que va a determinar qué rumbo va a tomar la humanidad, es la que existe entre el movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales y el imperialismo que se les opone y los agrede.

De acuerdo con el enfoque chino, el desarme y la lucha por el desarme sólo tienen un valor pedagógico. Los chinos piensan que luchar por el desarme y colocar la consigna del desarme como una bandera de lucha para los pueblos oprimidos, sólo tiene un valor pedagógico, en la medida que va a servir para demostrar que el imperialismo no quiere el desarme. Pero no tiene ningún valor si es que se pretende que va a poder lograrse, efectivamente, que el capitalismo occidental convenga en desarmarse conjuntamente con los estados socialistas. Aquello no sería sino una ilusión pacifista, porque está en la esencia del imperialismo ser agresor y el desarme significaría para él hacerse el "harakiri". Nunca ninguna clase gobernante en el mundo ha aceptado autodestruirse.

Igualmente la pretensión de que se desarrolle una ayuda masiva por parte de los estados ricos del mundo, ya sean capitalistas o socialistas, a los estados pobres para que éstos puedan desenvolverse con más rapidez, también constituye para los comunistas chinos una vana ilusión. Además de una distorsión de la realidad, porque la ayuda económica que ejercen los países capitalistas está fundamentalmente dirigida a mantener la subordinación colonial bajo nuevas formas y de ninguna manera está dirigida a emancipar efectivamente las economías de los países coloniales. El acuerdo entre estados capitalistas y socialistas para ayudar a los países retrasados, parece también desde el punto de vista chino, una utopía que será imposible de alcanzar, por la divergencia fundamental que existe entre las posiciones e intereses de los dos grandes sectores en que se divide la humanidad contemporánea. En consecuencia, no es a través del desarme ni de la ayuda económica de donde deben esperar los pueblos oprimidos su liberación, sino a través de una lucha revolucionaria consecuente que lleven a cabo contra su explotador imperialista, usando de los medios que usa el agresor contra ellos.

Este es, en términos generales, el punto de vista sostenido por los comunistas chinos alrededor de la coexistencia pacífica.

Yo me voy a permitir ahora hacer algunos

alcances o reflexiones que no pretenden ni mucho menos agotar el tema. Tocaré algunos aspectos que me parecen de cierta relevancia para nosotros, socialistas revolucionarios de un país atrasado, en lucha por su emancipación social y nacional.

Me parece que una política de coexistencia pacífica llevada a cabo consecuentemente, como la propugnan sus partidarios más intransigentes, trae consigo para los países semicoloniales y dependientes, y más que para ellos para sus movimientos revolucionarios, una condición de subordinación y de pasividad que me parece negativa. Porque, si en definitiva el destino del socialismo va a depender del triunfo del Plan Septenal de la Unión Soviética o del desarrollo productivo que en condiciones de coexistencia pacífica puedan experimentar los países socialistas, y de su victoria en el terreno de la competencia económica con el capitalismo, si éste es el plano fundamental en el cual se van a resolver los problemas políticos del mundo, naturalmente ello envuelve asignarle al movimiento nacional de liberación de los pueblos coloniales un papel relativamente secundario, frente a la importancia que para el triunfo del socialismo en el mundo tiene el desenlace de la competencia entre el sistema socialista mundial y el imperialismo en el terreno económico. Y esto, junto con determinar cierta tendencia a la pasividad, también contribuye a fortalecer la tendencia hacia el monocentrismo, porque en el frente en el cual se va a desarrollar la contienda histórica entre el socialismo y el capitalismo van a ser protagonistas principales determinados estados, determinados países socialistas. Naturalmente también ello significa el reconocimiento a esos países de un papel monitor, de un papel dirigente y fundamental que los pueblos semicoloniales del mundo tendrán que aceptar.

En segundo lugar, me parece importante destacar que hay cierta correspondencia entre la política de coexistencia pacífica entre estados de diferente sistema y la política interna de la vía pacífica en los pueblos semicoloniales y dependientes. La literatura existente al respecto generalmente critica este planteamiento que yo estoy haciendo, insiste en que no tiene nada que ver la coexistencia pacífica en el plano mundial con la posibilidad de que en un país determinado se use la vía pacífica o la vía violenta para alcanzar el poder.

Yo creo que en realidad, estos dos temas están en estrecha relación en el caso

de los pueblos semicoloniales. Y por la siguiente razón: si los pueblos semicoloniales del mundo actúan en base a que el destino del socialismo se va a jugar a través de la emulación económica entre la URSS y los Estados Unidos, naturalmente sería competente el desenlace favorable de esta competencia el llevar a cabo, en su respectiva esfera territorial, una política agresiva contra el imperialismo, que puede desencadenar un conflicto mundial de proporciones gigantescas que amenazaría destruir las conquistas logradas por los países socialistas en el terreno económico. Resulta entonces que el plantear en los países semicoloniales y dependientes la posibilidad de la vía no pacífica para el logro del poder por los movimientos populares, implica evidentemente un riesgo importante para la consecución de objetivos, que de acuerdo con el punto de vista soviético es básico, como es el mantener la paz mundial para que pueda desenvolverse con eficacia la competencia económica.

En tercer lugar, creo que de este análisis uno tiene que desprender que efectivamente hay en el movimiento socialista mundial dos perspectivas diferentes para apreciar el problema. Pero estas perspectivas diferentes una de las cuales está radicada básicamente en la Unión Soviética, y la otra en los pueblos semicoloniales y dependientes, son dos perspectivas auténticas en cada una de las dos situaciones concretas. No creo que pueda plantearse el asunto en términos de quién tiene la razón en forma absoluta.

Cada uno la tiene desde el punto de vista de su propia perspectiva. Es naturalmente explicable y justificable que para los revolucionarios soviéticos sea básico desde su punto de vista nacional, el defender su revolución que no sólo es de ellos sino también es una revolución del proletariado de todo el mundo. Ellos tienen razón al plantear y al acentuar ese aspecto porque es el que incide con su propia situación, con su propia perspectiva, con su propia existencia. Como también tienen razón los pueblos semicoloniales y dependientes cuando, por mucho que valoren a la experiencia soviética y por mucho que confíen en que por sus éxitos económicos puedan derrotar al capitalismo en definitiva piensan en que sus propios problemas, no pueden muchas veces, admitir esferas indefinidas sino que requieren soluciones más urgentes. Y en consecuencia, ellos tienen derecho a pensar que están contribuyendo al desarrollo del socialismo en el mundo, e incluso indirectamente apoyando a los estados socialistas

en la medida en que se creen capaces de poder debilitar al imperialismo en su esfera propia de acción con todos sus medios a su alcance, incluso los violentos.

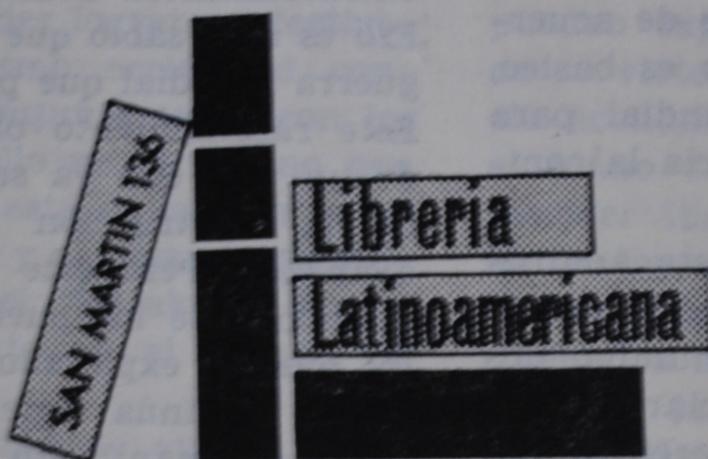
Para que se vea hasta qué punto estas dos perspectivas obedecen a situaciones concretas diferentes, voy a recordarles que en uno de los últimos documentos emitidos por los soviéticos, se dice que no es lícito hoy día al proletariado de todo el mundo, aplicarle la frase de Marx con que termina el Manifiesto Comunista, la que expresa que en la lucha por la revolución los proletarios no tienen nada que perder, sino sólo las cadenas. Dicen los soviéticos, ¿cómo no tienen nada que perder?, ¿y lo que se ha construido en veinte o treinta años de socialismo? La Unión Soviética, los extraordinarios avances que ella ha hecho. Eso es algo sabio que se puede perder en una guerra mundial que pertenece al proletariado. Este razonamiento obedece a la perspectiva de un país que ya se encuentra en un nivel de la construcción socialista relativamente avanzado. Pero este razonamiento no cabría hacerlo ante los pueblos negros del Africa y los pueblos explotados del Asia para los cuales sí continúa rigiendo plenamente aquella frase del manifiesto comunista: son pueblos que no tienen nada que perder, sino todo que ganar con la revolución.

Son dos perspectivas diferentes, dos perspectivas sin embargo no antagónicas. No hay en esta divergencia que presencia el mundo contemporáneo, entre esos dos planteamientos para considerar la situación mundial, una contradicción antagónica. Hay una divergencia cuyo desenlace definitivo es ir, naturalmente, disminuyendo. Porque si pensamos nosotros que tanto el movimiento de liberación nacional de los pueblos atrasados como los propios estados socialistas van a irse desarrollando y fortificando, en esa misma medida irán desapareciendo estas diferencias de perspectivas que no son sino una consecuencia de que la revolución sea pensada y realizada para dos circunstancias diferentes. Y esos dos enfoques distintos sólo serán uno, en la medida en que el movimiento socialista en sus diferentes frentes de lucha se vaya matizando a través de los éxitos que irá progresivamente alcanzando.

Para que se entienda mejor este último pensamiento, quiero poner un ejemplo: Piénsese en lo que era la URSS hace 20 años atrás y lo que es ahora. Hace 40 años, el interés de la URSS divergía bastante del de muchos movimientos revolucionarios de determinados paí-

ses. Sin entrar a profundizar el punto, se sostiene que la URSS supeditó en su provecho a la Revolución China en los años 20. Entonces había divergencias profundas. Pero en la medida que la URSS ha ido desarrollándose, en que el mundo socialista ha ido progresando, cada vez es menor la divergencia de puntos de vista que se produce con los movimientos nacionales de liberación, hasta el extremo de que en el actual caso de la Revolución Cubana ha sido notorio y evidente que ha habido una coincidencia mucho mayor que la que había existido anteriormente entre la URSS y otro país revolucionario. Pero al mismo tiempo, la misma experiencia de la Revolución Cubana revela que esta coincidencia

todavía no es absoluta y que aún hay puntos de vista distintos, como que diferente fue el planteamiento de Fidel Castro del de Nikita Khrushchev frente al problema del retiro de los cohetes, durante la crisis del año pasado. ¿Qué demuestra, entonces, esto? Que si mucho se ha avanzado en este proceso de convergencia entre los intereses del movimiento de liberación nacional de los países coloniales y el de los estados socialistas, todavía queda camino por recorrer para que se identifiquen plenamente. Pero hacia ese objetivo nos acercamos cada día más, en la medida en que los pueblos del mundo, en los diferentes frentes de lucha, van asestando golpes que debilitan a nuestro único e histórico enemigo, el imperialismo.



El Camino Yugoslavo .....	Eº 1,80
Reflexiones Políticas, Clodomiro Almeyda .....	1,02
Los Pampinos, Luis González Zenteno	1,20
Principios Elementales del Socialismo, Leo Huberman .....	0,30
Cuba: un Camino, Salvador Allende G.	0,30
Escucha Campesino, Francisco Juliao	1,60

**un completo stock de literatura socialista**

Suscripciones y venta de las Revistas:

ARAUCO, Tribuna del pensamiento socialista.

MARCHA, Revista de avanzada, editada en Uruguay.

MONTHLY REVIEW, EN CASTELLANO.

**SOLICITE SU CREDITO**

San Martín 136 — Estado 360 — Fono 30812